


American soldiers describe Mexico, 1846-1848

SOLDADOS ESTADOUNIDENSES

DESCRIBEN A MÉXICO, 1846-1848

Por:  Raúl Bringas Nostti

RESUMEN

La guerra entre México y Estados Unidos, que tuvo lugar entre 1846 y 1848, fue un evento devastador para México. Concluyó con la pérdida de más de la mitad del territorio nacional. Mucho se ha escrito sobre las fricciones políticas y los acontecimientos militares que guiaron a dicha pérdida. Sin embargo, sorprende lo poco que se ha analizado el impacto sociocultural de la guerra. Escasa atención se ha prestado en México a las numerosas crónicas escritas por los soldados invasores. Gracias a ellas, por primera vez en la historia los lectores estadounidenses contaron con una avalancha de información sobre cómo era México, en particular, los mexicanos. Este trabajo expone algunas de las opiniones de los soldados estadounidenses sobre la sociedad mexicana. Basado en ellas, procura cuestionar la manera errónea en la que México percibe la reacción de la población ante la invasión estadounidense.

PALABRAS CLAVE

México · Estados Unidos · Guerra de 1846-1848 · Crónicas de viajes

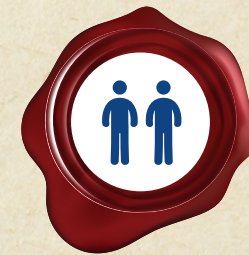
ABSTRACT

The War between Mexico and the United States, which took place between 1846 and 1848, was a devastating event for Mexico. It concluded with the loss of more than half of the Mexican territory. A wide array of studies have focused on the political frictions and military events that led to the territorial loss. However, it is surprising the small attention the socio-cultural impact of the war has received. Just a few Mexican studies have considered the numerous chronicles written by the invading soldiers. Thanks these chronicles, for the first time in history, American readers had an avalanche of information about how Mexico and Mexicans were. This work exposes some of the opinions of the American soldiers about Mexican society. Based on them, it tries to clarify the erroneous way in which Mexico perceives the reaction of its people to the American invasion.

KEYWORDS

Mexico · United States · War of 1846-1848 · Travel chronicles





24 MILLONES
de personas con nacionalidad mexicana residen en Estados Unidos

Considerando a los individuos con nacionalidad y origen mexicano, la cifra se eleva a **36 MILLONES**

a la sociedad mexicana. Segundo, interpretar sus crónicas y así mostrar las simpatías que tuvieron hacia el pueblo mexicano, al que claramente diferenciaron del gobierno. Sabían que su lucha no era contra México, sino contra una élite corrupta que había cortado las alas a un país con gran potencial.

● **La guerra entre México y Estados Unidos, 1846-1848**
Desde su nacimiento como país independiente en 1821, México había sido incapaz de controlar el inmenso territorio sobre el que se había asentado la Nueva España. Dado que las fronteras internacionales en Norteamérica no

◆ **INTRODUCCIÓN Y PROPÓSITO**

Actualmente, alrededor de doce millones de personas nacidas en México residen en Estados Unidos, lo que convierte a los mexicanos en el mayor grupo inmigrante. Éstos representan el 28% de los extranjeros llegados al país del norte (Zong y Batalova, 2016). A estos inmigrantes se suman doce millones de personas nacidas en suelo estadounidense y que, por disposiciones de la Constitución mexicana, tienen derecho a la nacionalidad por el simple hecho de contar con un padre nacido en México. Es decir, alrededor de 24 millones de personas con nacionalidad mexicana residen en Estados Unidos. Pero esto no es todo. Si no sólo se consideran los individuos con nacionalidad mexicana, sino todas las personas de origen mexicano, la cifra se eleva hasta la asombrosa cantidad de 36 millones (Flores, 2018). Los mexicanos son ya el grupo de población extranjera más visible en Estados Unidos.

Dada su constante presencia en la vida cotidiana, los mexicanos son bastante conocidos por el estadounidense promedio. Se sabe que particularidades físicas tienen, cómo hablan y de qué manera se comportan. Por supuesto que también abundan los estereotipos positivos y negativos sobre ellos. El estadounidense promedio tiene una idea de cómo es la comida mexicana, por lo menos en su versión *tex-mex*, o ha escuchado mencionar la fiesta del Cinco de Mayo, que confunde con la independencia de México. El conocimiento sobre los mexicanos se nutre mediante otros factores. Los estadounidenses son los turistas que más visitan México, lo que les otorga información adicional sobre la sociedad mexicana.

Lo «mexicano», que actualmente es algo habitual para el estadounidense promedio, era un absoluto misterio para el ciudadano de hace 170 años. A mediados del siglo XIX eran escasos los estadounidenses que habían visto un mexicano en su vida. La mayoría no sabía siquiera cómo eran físicamente. Rara vez un mexicano se aventuraba a visitar Estados Unidos. Tan es

LA GUERRA ENTRE MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS, TUVO LUGAR

entre 1846 y 1848

CONCLUYÓ CON LA PÉRDIDA DE MÁS DE LA MITAD DEL TERRITORIO NACIONAL.

así, que Lorenzo de Zavala hizo historia como el primer mexicano que conoció el Medio Oeste estadounidense (Zavala, 1846). Con escaso acceso a la información, dada la ausencia de la *penny press*, que popularizó el periodismo a fines del siglo XIX, los estadounidenses no sabían si México era un enorme desierto o un amasijo de selvas tropicales.

En 1846, a raíz del estallido de la Guerra entre México y Estados Unidos, decenas de miles de estadounidenses viajaron hacia tierras mexicanas como combatientes. Lo harían como voluntarios y como soldados regulares, entre estos últimos numerosos oficiales con excelente preparación cultural. Las crónicas que escribieron son exquisitas y abundantes. Para la sociedad estadounidense representaron el primer flujo masivo de información sobre México. Por fin, decenas de miles de estadounidenses supieron cómo eran los mexicanos.

Dadas las limitaciones de espacio, es imposible citar la profusión de información interesante aportada por los soldados que invadieron México. Se realizó una selección representativa, centrada en particularidades sociales. El propósito de este trabajo es doble. Primero, ofrecer una pincelada, basada en información primaria, de cómo los estadounidenses describieron



LORENZO DE ZAVALA HIZO HISTORIA COMO EL PRIMER MEXICANO QUE CONOCIÓ EL MEDIO OESTE ESTADOUNIDENSE.

se habían delimitado de forma precisa y hasta los mapas meramente geográficos eran inexactos, no se conocía el verdadero tamaño del país. México, o el Imperio Mexicano, como pomposamente se autodenominaba, comprendía entre cuatro y cinco millones de kilómetros cuadrados de territorio. Era uno de los países más grandes del mundo. Su territorio corría al norte hasta los fríos bosques de Oregón y las llanuras de Arkansas, mientras que al sur se extendía hasta la frontera con la Gran Colombia, país nuevo que incluía Panamá. La colosal extensión de México era motivo de orgullo, pero también un enorme dolor de cabeza. No había forma de que el débil gobierno de la Ciudad de México ejerciera su autoridad sobre el territorio nacional.

Además de la debilidad del gobierno, otros factores jugaban contra la unidad territorial mexicana. El más grave de estos era el separatismo. Políticos regionales con sueños de grandeza y con apoyo de la población local anhelaban crear su propio país. Incapaz de enfrentar las rebeliones, México fue perdiendo territorio. En la década de 1820, la separación de los territorios centroamericanos dio origen a nuevos países (Valle, 1924). Ni la conversión de México en república federal en 1824 contuvo las tendencias atomizadoras. Para la década de 1830 el secesionismo cobró fuerza en varios puntos del país, como Zacatecas y Yucatán. En Texas, una alianza entre mexicanos y colonos estadou-

nidenses logró derrotar al ejército del dictador Antonio López de Santa Anna. Texas declaró su independencia en 1836. El ejemplo texano cundió en Nuevo México y California, donde la población expresaba su insatisfacción por el abandono en el que se le tenía. Esta situación alentó las ambiciones territoriales de Estados Unidos.

En 1844, James Polk, candidato demócrata a la presidencia, prometió la incorporación de Nuevo México y California a Estados Unidos. Al año siguiente, firmó una resolución con la que anexaba Texas. México seguía considerando a Texas una provincia rebelde. Por lo tanto, amenazó a Estados Unidos con una guerra si la anexión se materializaba. La anexión procedió y las tensiones crecieron. Para complicar el escenario, la frontera de Texas con México no estaba definida. México aseguraba que se encontraba en el río Nueces, mientras que Washington afirmaba que seguía el curso del río Bravo (Mier y Terán, 1850). Dada la indefinición fronteriza, no tardó en presentarse un enfrentamiento entre fuerzas de los dos países. Polk tuvo el pretexto idóneo para declarar la guerra y así apoderarse de Nuevo México y California.

El 11 de mayo de 1846, Polk envió la declaración de guerra al Congreso y éste la aprobó dos días después. Así inició el esfuerzo bélico para conquistar la capital mexicana y forzar a México a firmar un tratado que cediera Nuevo México y California. Consciente de la magnitud de la empresa, el gobierno estadou-



¿MÉXICO, O EL IMPERIO MEXICANO?

Comprendía entre cuatro y cinco millones de kilómetros cuadrados de territorio.

Era uno de los países más grandes del mundo.

La colosal extensión de México era motivo de orgullo, pero también un enorme dolor de cabeza.

nidense convocó tanto a las fuerzas armadas regulares como a miles de voluntarios. Participaron 31,000 efectivos regulares y 59,000 voluntarios (Foos, 2002, p. 84). Cuatro ejércitos penetraron por diversos puntos del territorio mexicano. Por primera vez en la historia, miles de estadounidenses contemplaron una tierra de culturas milenarias y costumbres misteriosas. Gracias a este hecho, en el presente contamos con excepcionales crónicas de los invasores sobre cómo era México en su infancia.

• La reacción del pueblo mexicano ante el arribo de los estadounidenses

Las crónicas de los estadounidenses que invadieron México sólo se entienden en el contexto sociopolítico de la invasión. El patriotismo de los mexicanos, indignados por la agresión, ha provocado que la guerra se interprete como una brutal embestida de Estados Unidos contra el pueblo. Si bien se trató de una invasión repudiable, este hecho no debe cegarnos. La evidencia histórica, que nunca es categórica, tiende a mostrar otra faceta de la guerra. No fue una lucha maniquea de buenos contra malos, sino que tuvo numerosos bemoles (Bringas, 2008). Sólo aceptando que la historia no debe pintarse en blanco y negro, se podrá comprender el tono entusiasta y hasta amistoso con el que la mayoría de los soldados estadounidenses

describieron México. Fueron bastante condescendientes con el pueblo, pero no con el gobierno.

¿Por qué el ejército estadounidense ofreció crónicas amistosas sobre el país y sus habitantes? Por el simple hecho de que los mexicanos, en general, se mostraron indiferentes ante la guerra. Esta aseveración puede desconcertar al lector nacionalista, acostumbrado a leer historias falsas sobre el fervor ciudadano por defender la patria, como aquellas recopiladas en uno de los libros más populares acerca del conflicto (García-Cantú, 1986). La evidencia no siempre sustenta las aseveraciones comunes del nacionalista. Por ejemplo, entre los escasos trabajos en nuestro país por mostrar el otro lado de la invasión, se puede citar aquel que responsabilizó de la guerra no sólo a Estados Unidos, sino también a México, donde, de manera suicida, la prensa de la élite alentó el enfrentamiento armado (Velasco-Márquez, 1975). En el caso que nos ocupa, como en el ejemplo anterior, también renunciamos a las historias maniqueas. Interpretamos las crónicas en el contexto de un pueblo que se mantuvo neutral en una guerra que concebía como un enfrentamiento entre Estados Unidos y el abusivo gobierno mexicano. No había simpatías entre la población por los militares mexicanos, a quienes se asociaba con un gobierno corrupto y represor.



¿POR QUÉ EL EJÉRCITO ESTADOUNIDENSE OFRECIÓ CRÓNICAS AMISTOSAS SOBRE EL PAÍS Y SUS HABITANTES? POR EL SIMPLE HECHO DE QUE LOS MEXICANOS, EN GENERAL, SE MOSTRARON INDIFERENTES ANTE LA GUERRA.

Desde el inicio de la invasión, los estadounidenses advirtieron que el pueblo invadido no se resistía y se sorprendieron por la afabilidad con la que se les recibía. Constataron de inmediato que los mexicanos no eran su rival en la guerra, sino las fuerzas armadas, brazo ejecutor del gobierno. Vieron con compasión las desgracias de los mexicanos, acosados por impuestos absurdos, decomisos, ejecuciones sumarias, arbitrariedades burocráticas, golpes de estado, contribuciones forzosas. Si el gobierno mexicano del presente viola la legalidad de forma recurrente, el del siglo XIX contaba con mayores facilidades para hacerlo ante la debilidad de la sociedad civil y la ausencia de contrapesos efectivos.

Los soldados invasores fueron capaces de constatar la dinámica sociopolítica y cultural mexicana porque ésta era evidente. Contemplaron un país oprimido por el mal gobierno. Al odio al gobierno se agregó el débil sentimiento patrio. El nacionalismo mexicano aún se encontraba en pañales (Brading, 1988). Es más, el país no contaba con un himno nacional y millones de indígenas no sabían siquiera que eran mexicanos. Gran parte de la población no conocía ni la bandera. En estas circunstancias, la llegada de invasores rubios fue vista como un mal menor y el pueblo se mantuvo a la expectativa a lo largo de la guerra.

• **Los cronistas llegados del norte**

Entre 1519 y 1526, el conquistador español Hernán Cortés escribió crónicas que describían sus hazañas, pero que también ofrecían información sobre los pueblos que conquistaba. Algunos de sus compañeros de armas hicieron lo propio. Pocos años después, los evangelizadores, en su mayoría franciscanos y dominicos,



HERNÁN CORTÉS ESCRIBIÓ CRÓNICAS QUE DESCRIBÍAN SUS HAZAÑAS, PERO QUE TAMBIÉN OFRECÍAN INFORMACIÓN SOBRE LOS PUEBLOS QUE CONQUISTABA.

realizaron una extraordinaria labor de recopilación de información sobre las características y la historia de los nuevos dominios españoles. Con el paso de los siglos, viajeros ocasionales describieron la Nueva España, pero ninguno logró generar el mismo interés que los conquistadores y evangelizadores. La excepción fue el prusiano Alexander von Humboldt, quien, entre 1803 y 1804, visitó tierras novohispanas. Su obra, *Ensayo político sobre la Nueva España*, captó la atención de numerosos lectores, entre ellos, el presidente de Estados Unidos Thomas Jefferson (Rebok, 2014).

LOS SOLDADOS ESTADOUNIDENSES CONSTATARON QUE EL ENEMIGO ERA EL GOBIERNO MEXICANO, NO EL PUEBLO.

Con el nacimiento de México en 1821, resurgió el interés de los lectores por conocer cómo era el país. Varios cronistas, en su mayoría franceses, ingleses y estadounidenses, recorrieron México y lo describieron. En el cuarto de siglo que corrió entre 1821 y 1846 se publicaron alrededor de veinte crónicas de importancia, una cifra nada espectacular (Ramírez-Rodríguez, 2013). Esto cambió con la invasión estadounidense de 1846. Se presentó un fenómeno inédito. Nunca en la historia mexicana, ni durante la colonización española, se había publicado tal cantidad de crónicas. Los lectores estadounidenses ansiaban conocer las particularidades del país vecino que, muchos esperaban, pronto les perteneciera.

La ansiedad de los lectores fue correspondida por la determinación con la que los soldados invasores describieron lo que veían. Se desconocían las características del país, cómo eran sus habitantes o qué frutos ofrecían sus tierras. Decenas de editores competían por publicar las mejores descripciones sobre México, ya que éstas garantizaban buenos ingresos. La razón era centenaria. Pocos géneros literarios contaban con tanto aprecio en el mundo anglosajón como los relatos de viajes (Bendixen y Hamera, 2009). La crónica viajera entretenía y entusiasmaba a decenas de miles de lectores.

Algunos soldados pretendían ganarse la admiración del público con crónicas populares sobre otras tierras, justo al estilo de los antiguos aventureros griegos y romanos. Pero la mayoría simplemente describía las cosas para la intimidad de sus diarios. La práctica de escribir diarios era una sólida tradición anglosajona. Entre los invasores había numerosos aficionados a las letras. Cientos de los voluntarios que invadieron México eran estudiantes. Avanzaban por un país desconocido que



ALEXANDER VON HUMBOLDT, ENTRE 1803 Y 1804, VISITÓ TIERRAS NOVOHISPANAS. SU OBRA, ENSAYO POLÍTICO SOBRE LA NUEVA ESPAÑA, CAPTÓ LA ATENCIÓN DE NUMEROSOS LECTORES, ENTRE ELLOS EL PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS THOMAS JEFFERSON.

les ofrecía incontables tópicos literarios (Smith y Judah, 1968). Jamás un ejército tan grande de escritores invadió México.

En particular, gracias a los diarios, las descripciones de los militares estadounidenses adquieren una importante dosis de veracidad. Dado que la mayoría de los diarios no consideraban publicarse, sino servir como recuerdos íntimos, no perseguían una función política, militar o propagandística. Simplemente reflejaban el sentir de un soldado particular sobre su experiencia mexicana. Este hecho garantiza una descripción relativamente veraz. Hasta las crónicas escritas con el propósito expreso de publicarse tienen su fuerte dosis de veracidad, puesto que su objetivo final no era congraciarse con el poder. A diferencia de Hernán Cortés, quien relató sus hazañas para ganarse el favor



del rey, los soldados estadounidenses no pretendían otra cosa más que regresar a sus pueblos con algo de gloria y relatar las experiencias a familiares y amigos.

Cabe agregar que, como se advirtió en la introducción, la historia no se desarrolla en blanco y negro, sino en variados colores. Por supuesto que no debe aceptarse al pie de la letra lo que las crónicas estadounidenses afirman. Su origen y naturaleza las hace confiables, pero, a fin de cuentas, fueron escritas por individuos con intereses específicos que no escapan de la tentación de distorsionar en su beneficio algunos pasajes. Por lo general esta distorsión se hizo al exagerar la magnitud de sus triunfos, inflando el número de soldados mexicanos que enfrentaban (Guardino, 2019). Curiosamente, estas exageraciones, lejos de afectar el propósito de estas páginas, lo refuerzan. En ellas se trazaba aún con mayor claridad la línea entre pueblo y gobierno.



A LOS INVASORES LES SORPRENDÍA QUE EL PUEBLO ESTUVIERA DESARMADO, LO QUE CONTRASTABA CON LA TRADICIÓN ESTADOUNIDENSE DEL DERECHO A LAS ARMAS COMO PROTECCIÓN DE LAS GARANTÍAS INDIVIDUALES.

● **Soldados estadounidenses describen a los mexicanos y dilucidan sus infortunios**

En marzo de 1846, los soldados estadounidenses ubicados en la frontera con México esperaban instrucciones para avanzar sobre la franja de territorio en disputa. Algunos ya habían comenzado a redactar las incidencias en sus diarios. El coronel Ethan Allen Hitchcock, indignado por lo que consideraba un plan descarado para robarle territorio a México, expresó en su diario: «No tenemos el menor derecho de estar aquí» (Hitchcock 1909, p. 213). Hitchcock, intelectual amante de la literatura que viajaba a la guerra cargado de libros, patentizaba el alto nivel cultural de varios de los oficiales invasores. Entre 1830 y 1831 había sido profesor del futuro gigante de la literatura Edgar Allan Poe. En una de sus primeras observaciones sobre México,

se refirió con profunda lástima a sus futuros rivales, que en su mayoría eran «soldados miserablemente pobres» (Hitchcock, 1909, p. 221).

La primera gran sorpresa para los invasores fue lo amistoso que el pueblo mexicano se mostró con ellos. Los soldados estadounidenses constataron que el enemigo era el gobierno mexicano, no el pueblo. Advirtieron que los propios mexicanos despreciaban a sus gobernantes por represores, autoritarios y corruptos. Cuando los invasores recién avanzaban sobre Matamoros, un voluntario de Tennessee comentó, admirado: «... nuestro campamento se convirtió en un auténtico mercado, donde, del amanecer al anochecer, cientos de mexicanos de ambos sexos vendían todos los frutos y productos... por más de dos meses estos vendedores ambulantes continuaron en número creciente aglomerándose en nuestro campamento...» (Henry, 1950, p. 177). Semejante observación hizo un oficial en otra zona de México: «A medida que nuestro ejército pasaba por los pueblos... hombres, mujeres, niños y niñas vendrían al camino con vegetales, pan, leche, huevos, queso, frutos... y causándonos molestias... tratarían de encontrar un comprador» (Hughes, 1847, p. 32).

Ante las muestras de afecto de la mayor parte de la población, las simpatías fueron mutuas. Los invasores incluso se apiadaron de las tribulaciones del pueblo mexicano, sumido en el atraso y explotado por sus líderes. Muchos de ellos elogiaron las virtudes de los mexicanos. El coronel William Campbell describió a Ciudad Victoria como un pueblo de trescientas o cuatrocientas personas, «la mayoría de ellas muy pobres», lo que no impedía que hubiera gente «muy bien parecida e inteligente» (Campbell, 1915, p. 151). No había pueblo en el que no se les invitara a visitar las pobres vivien-



das. Un voluntario describió cómo «los niños desnudos y sucios en el piso me miraban con alarma, los perros irritados gruñían...» mientras que con «gran amabilidad» los moradores ofrecían un asiento junto al «metate» en un cuarto cubierto con «pinturas de santos» (Furber, 1849, p. 325). A algunos oficiales les llamaron la atención las esforzadas mujeres mexicanas, que trabajaban sin descanso, la mayoría de ellas con los pies descalzos y con «algunos infantes sujetos a sus hombros», «mostrando la particularidad femenina de la fidelidad en la adversidad» (McSherry, 1850, p. 98).

La disciplina de los invasores sorprendió a la población civil, acostumbrada a los abusos e incautaciones del ejército mexicano, en particular aquel al mando de Antonio López de Santa Anna. Los pobladores tendían a huir cuando se aproximaban los estadounidenses, pues el gobierno les había advertido que los invasores violaban y asesinaban a los civiles. Cuando advertían que esto no sucedía y se les garantizaba «protección y amabilidad», se lograba un «gran efecto y la mayoría retornaba» (Furber, 1849, p. 249). La interacción entre invasores e invadidos se hizo tan habitual, que incluso algunos estadounidenses comenzaron a quejarse de ella. Un soldado raso aseguró que se sentía más a gusto en su tienda de campaña que en la casa a la que se le invitó a dormir y donde había «dos niños pequeños» que «sabían que su madre no se encontraba y se esforzaban por llorar» (Richardson, 1848, p. 33).

Dado que pronto los invasores comprendieron que la población mexicana despreciaba a su propio ejército represor, en sus crónicas se advirtió la distinción entre pueblo y gobierno. Al pueblo le perdonaban casi todo; incluso procuraban negar el mito de que fuera perezoso. Un soldado estadounidense de origen inglés

vio lo encomiable hasta en lo cotidiano: «Cualquiera que piense que los mexicanos no pueden ser industriosos debería ver a las mujeres lavando ropa en Jalapa» (Ballentine, 1853, p. 208). Cuando una evidencia mostraba que no todo era perfecto, los invasores intentaban corregirla con argumentos contrastantes. Causa hilaridad que un soldado comentara que «las mujeres mexicanas en general no son guapas... Pero su principal atractivo descansa en su carácter». Además, para suavizar su dicho, mencionó que en un balcón en Saltillo había visto una de las mujeres más hermosas de su vida, con una «blancura marmórea» (Edwards, 1847, p. 147).

En contraste con las compasivas referencias sobre el pueblo, las observaciones de los estadounidenses acerca de los gobernantes de México patentizaban un enorme desprecio, que hacían extensivo a la «culpabilidad del clero», al que «no le importa nada, salvo el mejoramiento de sus iglesias» (Ballentine, 1853, p. 233). La magnitud de la corrupción se constató en el descaro de un funcionario, quien, tras reunir cuatrocientos caballos para la supuesta defensa de California, huyó con ellos hacia el sur, traicionando a los ciudadanos (Emory, 1848). A los invasores les sorprendía que el pueblo estuviera desarmado, lo que contrastaba con la tradición estadounidense del derecho a las armas como protección de las garantías individuales. Un pueblo desarmado no podía defenderse de un gobierno que con «facilidad» se entregaba a la tarea de «asesinar hombres, robar ganado y secuestrar mujeres y niños» (Richardson, 1848, p. 93). Sin embargo, cuando se trataba del campo de batalla, los represores soldados mexicanos revelaban su «cobardía», lo que permitía a los estadounidenses derrotarlos con facilidad (Ballentine, 1853, p. 185).

Las teorías de los estadounidenses sobre los males de la sociedad mexicana variaban según su región de origen. Los soldados procedentes del norte de Estados Unidos, en su mayoría antiesclavistas, aseguraban que los problemas de México se debían a un injusto orden social determinado por la condición racial, que sometía a los no-blancos. Expresaban su indignación sobre la explotación que advertían por doquier y por la falta de perspectivas de mejoría para el grueso de la población. Algunos afirmaban que el único camino era una revuelta. Sobre los indios, un soldado de Pennsylvania expresó que «la conquista los había despojado de su poder... y se convirtieron en sirvientes y esclavos», pero pronto tendrían el poder de «infligir castigo sobre los mexicanos-españoles para “recuperar su país e imperio”» (Oswandel, 1885, p. 536).

En contraste, los invasores originarios del sur de Estados Unidos afirmaban que el mayor problema de los mexicanos había sido la mezcla de razas. En general, los sureños expresaban opiniones positivas de los mexicanos de origen español, a quienes trataban con respeto, y de los indígenas, de quienes se apiadaban. En su orden mental, era una cuestión natural que los blancos dominaran. Desconfiaban de los mestizos, es decir, de la mezcla de blanco e indio. Aseguraban que los «... mestizos combinan las particularidades nocivas de ambos, con poco incremento positivo resultado de la mezcla de sangre europea» (McSherry, 1850, p. 146). Bajo su perspectiva, la presencia de tantos mexicanos de sangre «mezclada» había destruido el orden social. Era una advertencia de lo que podía ocurrir si en el sur de Estados Unidos se eliminaba la estricta frontera entre blancos y negros.

LOS INVASORES INCLUSO SE APIADARON DE LAS TRIBULACIONES DEL PUEBLO MEXICANO, SUMIDO EN EL ATRASO Y EXPLOTADO POR SUS LÍDERES.

Lo más incomprensible para los estadounidenses era que los mexicanos se encontraran en tal estado de pobreza y desesperanza, pese a la magnitud de sus recursos naturales y la extensión de su territorio. Describían a un México vasto, todavía henchido de naturaleza salvaje. En las rutas que recorrían encontraban una enorme abundancia de animales de caza de todas variedades, desde venados y guajolotes salvajes hasta jabalíes, pasando por un «gran número de armadillos». Les impresionó la enorme cantidad de lobos que se encontraban «por todo México en tales números que es un misterio cómo pueden subsistir». (Robertson, 1849, pp. 191-192). Lo que tenían los mexicanos en sus manos era invaluable. No cesaron los elogios para «la riqueza de sus tierras, la exquisita temperatura... que presenta al paladar cada delicadeza de los climas más favorecidos» (Anderson, 1911, p. 175).

No menos impresionante era la belleza de las ciudades coloniales y los misterios de las ruinas prehispánicas, que hablaban de un México que había prosperado en siglos pasados. Portentosa impresión causó la ciudad de Cholula en un capitán procedente de Florida. Tras subir la pirámide cholulteca hasta la iglesia que la corona, describió un paisaje «extremadamente hermoso», en el que destacaban los volcanes nevados, la «rica planicie», «el pequeño río que corre entre nosotros y Puebla» y la inmensa catedral poblana, que la claridad de los tiempos permitía contemplar sin problemas (Anderson, 1911, p. 252). Como había ocurrido tres siglos atrás con los conquistadores ibéricos, nada impactó más a los invasores estadounidenses que contemplar el bello Valle de México. Uno de ellos habló de «un encantamiento de la naturaleza», en el que el valle



¿QUÉ FALTABA PARA QUE MÉXICO SUPERARA SUS MALES? LIBERTAD POLÍTICA Y ECONÓMICA

«yacía como el panorama de una tierra de hadas», «lagos y montañas, planicies y pueblos, capillas y caseríos, todos tan brillantes, tan claros y tan hermosos, que parecían una ilusión de los sentidos, un sueño» (McSherry, 1850, p. 61).

De manera casi unánime, los cronistas invasores supusieron que el gran problema de México no era su población sumida en la pobreza y el abandono, sino el mal gobierno. Los mexicanos mostraban notables atributos que habían sido oscurecidos por las circunstancias históricas. Al persistir las condiciones observadas, «todas las energías de la gente permanecían estancadas y, como consecuencia, el vicio y la inmoralidad florecían» (Oswandel, 1885, p. 636). La evidencia contundente de que había esperanza para el país era que en tiempos prehispánicos y coloniales los mexicanos habían realizado grandes proezas. Los invasores suponían que la riqueza y la belleza engendradas en siglos pasados reflejaban que un México bien organizado podría recuperarse de sus males. Concluían que los mexicanos lograrían redimirse.

¿Qué faltaba para que México superara sus males? La respuesta era sencilla y muy estadounidense: libertad política y económica. México vivía encerrado en sí mismo, víctima de la explotación de sus élites y aislado del gran torrente de la actividad universal. El país requería más comercio, libertad económica y fronteras abiertas a la inversión. Con el progreso económico llegarían la democracia y la libertad política. Los estadounidenses constataban que los mexicanos eran trabajadores y tenían inventiva, pero que el entorno les impedía prosperar. Confirmaron que toda ciudad que conquistaban se entregaba después a una febril actividad económica, producto de la libertad. Por ejemplo, la economía mejoró en el puerto más importante del país: «Los habitantes que habían huido empezaron a retornar, y en menos de una semana Veracruz estaba en un estado más activo y floreciente en términos de negocios de lo que había estado por años» (Furber, 1849, p. 564). El futuro de un México próspero yacía en la apertura, no en la cerrazón. Esto lo advirtieron, acertadamente, los cronistas invasores desde mediados del siglo XIX.

CONCLUSIÓN: LAS CRÓNICAS ESTADOUNIDENSES QUE DENUNCIAN LA MANIPULACIÓN HISTÓRICA

Los textos que los soldados estadounidenses escribieron constituyeron el primer flujo de información masivo sobre nuestro país en el extranjero. En siglos pasados, los conquistadores y evangelizadores españoles ya habían elaborado descripciones iluminadoras, pero muy limitadas, tanto en número como en difusión. Los viajeros que visitaron la Nueva España o el México independiente en sus primeras dos décadas de vida también fueron escasos. En cambio,





las crónicas de los soldados estadounidenses conformaron una marejada de información. Se cuentan por cientos y varias de ellas alcanzaron una notable difusión en términos comerciales.

Dado que el primer propósito de este trabajo procuró ofrecer una pequeña degustación del tipo de descripciones realizadas por los estadounidenses, la información se centró en las particularidades de la sociedad mexicana. No fue posible incluir información sobre los recursos naturales, la política, las características físicas de los mexicanos, su comportamiento, las fiestas populares, las artesanías y tantas cosas más que describieron los invasores. La intención fue acercar al lector hacia esa abundante e interesante literatura que espera ser descubierta.

El segundo propósito fue interpretativo. Ha quedado claro al lector que los estadounidenses supieron interpretar lo que ocurría en México. Fueron capaces de presenciar una sociedad partida, en la que las clases gobernantes ignoraban las condiciones infrahumanas en las que vivía la población. Comprobaron que su lucha no era contra los mexicanos, sino contra un ejército represor que no despertaba simpatías

entre la población. Las crónicas estadounidenses exponen que no hubo una resistencia nacional, sustentada en el patriotismo de la población. Nunca se presentó una lucha popular contra la invasión. Miles de soldados estadounidenses contemplaron otra cosa. Concluyeron que México vivía en el atraso no por culpa de sus ciudadanos, sino de su mal gobierno.

Si algún escéptico piensa que la interpretación de lo ocurrido fue mera propaganda estadounidense, varios mexicanos de la época, desvinculados del gobierno, presenciaron lo mismo. Concluyamos mencionando a dos de ellos. Fernando Ramírez, testigo presencial, alertó sobre los riesgos de una insurrección masiva, pues los ciudadanos se mostraban reacios a combatir (Ramírez, 1905, pp. 3-10). Otro observador, en San Luis Potosí, contempló el momento en que el ejército mexicano, derrotado, arribó a la ciudad: «El recibimiento fue frío y despreciativo: aquel pueblo indiferente miró las desgracias acaecidas al ejército como si se hubiera tratado de hombres extraños [sic] y sin vínculos con los habitantes» (Varios, 1991, p. 161). Era un pueblo que así se vengaba de años de corrupción y cinismo gubernamental.



Raúl Bringas Nostti

AUTOR DE CORRESPONDENCIA

Raúl Bringas Nostti es doctor en Historia. Es miembro de la American Historical Association, de la Business History Conference y del Sistema Nacional de Investigadores. Entre su producción académica destacan los libros *Historia de las instituciones jurídicas* (2010) y *Anti historia de México*, con dos ediciones y varias reimpresiones (2013 y 2014). Su especialidad son las relaciones entre México y Estados Unidos. En este momento concentra sus investigaciones en la historia de los negocios entre los dos países. Es profesor de tiempo completo de la Licenciatura en Administración de Negocios Internacionales de la UDLAP. raul.bringas@udlap.mx

REFERENCIAS

- Anderson, R. (1911). *An artillery officer in the Mexican War, 1846-7; letters of Robert Anderson*. Nueva York: Putnam.
- Ballentine, G. (1853). *Autobiography of an English soldier in the United States Army*. Nueva York: Stringer & Townsend.
- Bendixen, A. y Hamera, J. (2009). *The Cambridge Companion to American Travel Writing*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Brading, D. A. (1988). *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México: Era.
- Bringas-Nostti, R. (2008). *La regeneración de un pueblo pestilente: la anexión de México a Estados Unidos, 1846-1848*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Campbell, W. B. (1915). *Mexican war letters of Col. William Bowen Campbell of Tennessee, written to Governor David Campbell of Virginia, 1846-1847*. Nashville: sin editor.
- Edwards, F. (1847). *S. A campaign in New Mexico with Colonel Doniphan*. Philadelphia: Carey and Hart.
- Emory, W. H. (1848). *Notes of a Military Reconnaissance from Fort Leavenworth in Missouri to San Diego, California*. Washington: U.S. Senate.
- Flores, A. (2018). How the U.S. Hispanic population is changing. En línea. Obtenido el 2 de junio de 2018 de Pew Research, desde: <http://www.pewresearch.org/fact-tank/2017/09/18/how-the-u-s-hispanic-population-is-changing/>
- Foos, P. (2002). *A Short, Offhand, Killing Affair: Soldiers and Social Conflict during the Mexican-American War*. Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- Furber, G. C. (1849). *The twelve months volunteer; or, Journal of a private, in the Tennessee regiment of cavalry, in the campaign, in Mexico, 1846-7*. Cincinnati, J. A. & U. P. James.
- García-Cantú, G. (1986). *Las invasiones norteamericanas en México*. México: SEP.
- Guardino, P. (2019). La historia de una historia de la invasión estadounidense. Obtenido el 11 de enero de 2019 de *Letras Libres*. Recuperado de <https://www.letraslibres.com/mexico/revista/la-historia-una-historia-la-invasion-estadounidense>
- Henry, R. (1950). *The Story of the Mexican War*. Indianápolis: The Bobbs-Merrill Co.
- Hitchcock, E. A. (1909). *Fifty years in camp and field, diary of Major-General Ethan Allen Hitchcock*. Nueva York: G.P. Putnam's Sons.
- Hughes, J. (1847). *Doniphan's expedition; containing an account of the conquest of New Mexico*. Cincinnati: U. P. James.
- McSherry, R. (1850). *El puchero; or, a mixed dish from Mexico, embracing General Scott's campaign, with sketches of military life, in field and camp*. Filadelfia: Lippincott, Grambo & Co.
- Mier y Terán, M. (1850). *Diario de viage de la Comisión de Límites que puso el gobierno de la República: bajo la dirección del exmo. sr. general de división d. Manuel de Mier y Terán*. México: Tipografía de Juan R. Navarro.
- Oswaldel, J. (1885). *Notes of the Mexican war 1846-47-48. Comprising incidents, adventures and everyday proceedings and letters while with the United States army in the Mexican war*. Filadelfia: sin editor.
- Ramírez-Rodríguez, R. (2013). Atisbo historiográfico de la literatura viajera decimonónica en México. *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, 1, 114-136.
- Ramírez, J. F. (1905). *México durante su guerra con los Estados Unidos*. México: Bouret.
- Rebok, S. (2014). *Humboldt and Jefferson: A Transatlantic Friendship of the Enlightenment*. Charlottesville: University of Virginia Press.
- Richardson, W. (1848). *Journal of William H. Richardson, a private soldier in the campaign of New and old Mexico*. Nueva York: W. H. Richardson.
- Robertson, J. (1849). *Reminiscences of a campaign in Mexico*. Nashville: J. York & Co.
- Smith, G. y Judah, C. (1968). *Chronicles of the Gringos the U. S. Army in the Mexican War, 1846-1848*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Valle, R. (1924). *La anexión de Centro América a México (documentos y escritos de 1821-28)*. Seis tomos. México: Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Varios. (1991). *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Velasco-Márquez, J. (1975). *La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848)*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Zavala, L. (1846). *Viaje a los Estados-Unidos del Norte de América*. Mérida: Imprenta de Castillo y Compañía.
- Zong, J. y Batalova, J. (2016). Mexican Immigrants in the United States. En línea. Obtenido el 14 de abril de 2018 de Spotlight. Recuperado de <https://www.migrationpolicy.org/article/mexican-immigrants-united-states>